

Violencia en Running wild.

Running wild and its violence.

Autora: Garijo, Solange¹

Citar: Garijo, S. (2022)
Violencia en Running wild.
Revista *Intersticios* 2, pp. 145-151.

Recibido: octubre 2022
Aceptado: marzo 2023

Ensayo

Resumen:

El presente trabajo aspira a esclarecer a la luz del Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana, la violencia y el parricidio en la novela inglesa de literatura negra "Running wild", remarcando el carácter colectivizante del odio y de la sed de venganza como reverso de una ley paterna insensata.

Palabras claves: Literatura-Novela negra-Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana- Tiranicidio-Ley paterna

Abstract:

The present work wishes to clear up Lacanian Psychoanalysis, Violence and Parricide in the english black novel "Running wild", remarking the collectivizing character of hatred and revenge as reverse of a paternal crazy law.

Keywords: Literature-Black novel- Psychoanalysis of Lacanian Orientation-Tyrannicide-Paternal Law

El presente trabajo intentará dilucidar a la luz del psicoanálisis la violencia y el parricidio en una obra literaria perteneciente a la literatura negra inglesa.

Se trata de la novela titulada Running wild, cuyo título fue traducido al español como Furia Feroz. Su autor es J.G Ballard y fue publicada en 1988.

La novela gira alrededor de la masacre de Pangbourne, una urbanización exclusiva, distinguida y privada del oeste de Londres. El 25 de agosto de 1988, 32 residentes de esta urbanización aparecen asesinados y sus trece hijos desaparecidos.

¹ Facultad de Artes y Ciencias – Universidad Católica de Salta UCASAL.

La novela, escrita en primera persona, es la crónica de la investigación y el intento de la reconstrucción de los hechos de Richard Greville, asesor psiquiátrico de la Policía de Londres.

Al inicio se desconocen los móviles y la identidad de los asesinos.

Al decir del policía que investiga los asesinatos, la atmosfera de Pangbourne Village, tan elegante y civilizada, parecía una escena del crimen esperando que se cometiera un asesinato. Todo resulta extrañamente aséptico, como si los residentes hubieran conseguido preservar a su Parnaso privado de todo tipo de suciedad y desorden.

Las víctimas, todos los adultos de la urbanización aparecen muertos de forma violenta, con disparos de armas de fuego, en medio de sus situaciones cotidianas, pero curiosamente nada está fuera de su sitio, lo que hace pensar que los asesinos abordaron a sus víctimas sin sorprenderlas.

Casa por casa, los asesinos habían recorrido con rapidez la urbanización esa tranquila mañana de junio, asesinando a los propietarios, sus choferes y sus criados, todos los adultos del lugar.

En 20 minutos habían matado de manera salvaje, pero eficaz a 32 adultos.

Pangbourne Village, como otras urbanizaciones, era una comunidad cerrada que se mantenía totalmente aislada de su vecindario, salvo por una pequeña proporción de personas, cuidadosamente elegida de choferes, asistentes y jardineros. Toda la urbanización estaba rodeada de un alambrado dotado de alarmas eléctricas que la volvían inexpugnable y que transmitían, a juicio del Dr. Greville, la sensación de estar encerrado en una cárcel.

El Sargento que participaba en la investigación dijo que Pangbourne Village le parecía MUY civilizado.

Uno de los hallazgos más significativos de la investigación fue un tablón de anuncios encontrado en una de las casas, que mostraba la planificación familiar. Todos los horarios estaban prefijados de antemano, hasta los momentos y los temas de conversación familiar, de manera que no quedaba un minuto en la vida de los niños que no hubiera sido inteligentemente planificado. La investigación descubrió también que los padres estaban conectados por ordenadores a los dormitorios de los hijos, pudiendo monitorear absolutamente todos sus movimientos.

Diversos detalles de la investigación criminalística permitieron concluir que los autores de la masacre de los 32 adultos fueron los 13 niños de entre 16 y 6 años que vivían en la urbanización, quienes de manera simultánea y sincronizada acabaron brutalmente con la vida de sus padres y otros adultos que los cuidaban.

Para el Dr. Greville, la masacre de Pangbourne fue una rebelión desesperada desde el punto de vista de los niños, un acto de tiranicidio masivo. No se rebelaron contra el odio y la crueldad. Se rebelaron justamente contra lo opuesto, contra un despotismo de bondad. Mataron para liberarse de una tiranía de amor y de cuidados.

Los niños asesinos se desesperaban por la falta de las emociones verdaderas, por padres que de vez en cuando desaprobaban sus actos, que se enfadaban y perdieran la paciencia, incluso que no los entendieran. Necesitaban, al juicio del Dr Grenville , padres que no se interesaran por todo lo que hacían, que no tuvieran miedo a enojarse o a aburrirse con ellos y que no trataran de gobernar cada minuto de su vida con la sabiduría de Salomón. Como conclusión, el Dr Grenville declara que, por una siniestra paradoja, el agente de la muerte de los padres fue el abnegado y bondadoso régimen que ellos habían instituido en Pangbourne Village. A los niños se les había lavado el cerebro con la ilimitada tolerancia y comprensión y paradójicamente esto había borrado toda libertad y todo rastro de emoción.

Incapaces de expresar emociones o de responder a emociones cercanas, asfixiados bajo un manto de elogios y estímulos, estaban atrapados para siempre dentro de un universo perfecto.

En una sociedad totalmente cuerda, la locura es la única libertad, concluye el Dr Grenville.

De este relato de ficción podemos tratar de realizar algunas puntualizaciones desde la teoría psicoanalítica.

Del título mismo podemos extraer algunas conclusiones.

El título original en inglés es Running wild, que podría traducirse literalmente como Volviéndose salvaje, aunque el uso de la expresión inglesa hace referencia a descontrolarse. Me interesa señalar la presencia de la palabra salvaje en el título de la novela, que hace resonar la idea de algo que rompe el pacto de la convivencia humana y que hace retornar algo del orden de lo previo a la comunidad humana.

Ya Freud nos advertía en Totem y Tabu que la comunidad humana se funda luego de dar muerte al padre gozador y que luego de su muerte, al duelo se liga un ruidoso júbilo festivo, que representa el desencadenamiento de todas las pulsiones y la licencia de todas las satisfacciones. La fiesta sería un exceso permitido, más bien obligatorio, la violación solemne de una prohibición. El Running wild del título haría alusión a descontrolarse respecto del orden de hierro al que estaban sometidos los niños de Pangbourne Village en este ambiente tan cordial y tan aséptico.

Traigo aquí una cita de Freud “Es cierto que ni en los salvajes ni en los neuróticos están presentes las nítidas separaciones que nosotros trazamos entre pensar y obrar. Pero el neurótico esta sobre todo inhibido en su actuar, el pensamiento es un sustituto de la acción. El primitivo no está inhibido, el pensamiento se traspone sin más en acción; para él la acción es, por así decir, más bien un sustituto del pensamiento; ...uno tiene derecho a suponer: En el comienzo fue la acción” (Freud, 1993 p.162).

Siguiendo a Freud entonces, la acción, el tiranicidio masivo muestra en los niños de Pangbourne Village algo de la dimensión de lo salvaje, también en el sentido de lo psíquico.

Asesinados los padres, concretado el parricidio, los niños constituyen una fraternidad que se protege a sí misma. Los hermanos se aseguran entre si y deciden no tratarse como los trataban los padres.

Aparece aquí la idea de la fundación de una nueva comunidad humana, con reglas que se distinguen de la rigidez de los padres. Evocación literaria al mito de la horda primordial de Tótem y Tabú.

Ya nos advierte Lacan en la Tesis III del texto “La agresividad en Psicoanálisis” sobre las posiciones proféticas y totalmente identificadas a un ideal. “Es la reacción hostil la que guía nuestra prudencia y la que inspiraba ya a Freud su puesta en guardia contra toda tentación de jugar al profeta. Solo los santos están lo bastante desprendidos de la más profunda de las pasiones comunes para evitar los contragolpes agresivos de la caridad” “...nosotros que denunciamos los resortes agresivos escondidos en todas las actividades filantrópicas” (Lacan, 1985 p.100)

Desear el bien de los hijos, es el ideal de todo padre. Está bien, ¿pero hasta dónde? ¿Hay un límite para esto? Hasta vigilar cada movimiento, hasta ocuparlos cada minuto en algo productivo alimentando un ideal de eficiencia y precisión.

“Cualquier padre es Dios a condición de que nunca lo sea” (Laurent, 2006 p. 36). Esta cita de Laurent ilustra bastante bien la coartada inevitable en la cual se encuentra todo padre, porque siempre apunta y aspira a un ideal, pero también tiene que hacer lugar a algo que no se termina de ajustar a él. Si el padre termina siendo Dios, como el padre del Presidente Schreber, no puede inscribirse y se produce una dificultad del pasaje de la literalidad a la figurabilidad. El Nombre del Padre funda la Ley y el Orden, un orden que va a impedir la colisión. El Nombre del Padre entonces será el significante del Otro en cuanto lugar de la Ley en el sentido de lo simbólico que pacifica e impide la lucha a muerte en el eje imaginario. Esta ley, al no inscribirse en el registro simbólico se transforma en su reverso, una ley insensata que empuja al goce asesino.

En la novela de Ballard se muestra de manera muy clara a los padres como encarnando la Ley y no dejando a sus hijos un espacio para no ajustarse a ella. Da a pensar que estos hijos planearon el asesinato de sus padres para vengarse de lo opresivo de su crianza.

Resulta difícil pensar la masacre de Pangbourne como un pasaje al acto. Recordemos cómo caracteriza Lacan al pasaje al acto: “Este dejar caer es el correlato esencial del pasaje al acto. Aun es necesario precisar desde qué lado es visto, este dejar caer. Es visto, precisamente del lado del sujeto. Si ustedes quieren referirse a la fórmula del fantasma, el pasaje al acto está del lado del sujeto en tanto éste aparece borrado al máximo por la barra. El momento del pasaje al acto es el del mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del movimiento. Es entonces cuando, desde allí donde se encuentra, a saber, desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente mantenerse en su estatuto de sujeto-se precipita y bascula fuera de la escena” (Lacan, 2006 p. 128).

La masacre de Pangbourne no aparece desencadenada en un momento súbito, más bien

parece haber sido el objeto de una planificación aceptada entre los 13 niños de la urbanización. Más que un borramiento de los niños como sujetos, éstos parecen escenificando un fantasma sádico de carácter colectivo, en una clara muestra que el odio también puede colectivizar. Una manada unida en sus cuerpos a partir de un S1. El S1 en este caso parece ser la venganza.

¿Cómo pensar la venganza, como retorno de violencia desde el psicoanálisis?

En este punto me oriento un trabajo de Mario Elkin Ramírez titulado *Venganza*, donde trabaja un libro de Wolfgang Sofsky. El libro, *Tiempos de horror, Amok, violencia, guerra* incluye en el capítulo 10 algunas reflexiones sobre la venganza.

En la base de la venganza está el sufrimiento por un daño sufrido en sí mismo, en sus bienes o en una persona amada o admirada. Un otro realizó una ignominia real, simbólica o imaginaria sobre el sujeto, con un carácter traumático. Y ese sufrimiento se transforma en sed de venganza. Es decir, que se produce un proceso psíquico en el cual, el sujeto se ve conducido del dolor al odio y al acto.

Hay el doble encadenamiento del sujeto vengador, de un lado con el daño sufrido y del otro con los victimarios. El primer vínculo pone al sujeto en un estado de duelo. El segundo lo empuja al acto con un empuje pulsional considerable.

Freud enseña en su texto *Duelo y melancolía*, que ante una pérdida el sujeto introvierte sobre el yo la libido y el interés que investían al ser perdido. Una parte del yo, identificada a éste recibe los auto reproches que, en verdad, son dirigidos al muerto; reproches que vienen del superyó por la herida narcisista que su pérdida le infringe.

Lo que enseña la venganza es que el odio inconsciente hacia el objeto perdido por haber dejado al sujeto, se orienta conscientemente hacia su victimario, se desplaza de lo perdido al perpetrador y el sujeto queda obligado a vengar la pérdida del objeto amado y perdido. Esa obligación con lo perdido se torna superyóica, es un imperativo ligado a la culpabilidad, que lo empuja a la acción.

Se trata de un duelo en suspenso, cuasi-melancólico, la sombra del objeto cae sobre el yo, pero antes que arrastrar el sujeto al suicidio, lo conduce a una única liberación posible, ejecutar la venganza.

Ese duelo no tiene el trabajo que correspondería a la elaboración, a la aceptación del mundo con el agujero de la pérdida, para luego reemplazar el objeto perdido con un sustituto que permita el regreso de la libido y el interés a los objetos del mundo, sino que la venganza no conoce el perdón ni el olvido mantiene su objetivo en el punto de mira. Tiene una gran memoria y para ella el tiempo no cura nada, es decir que permanece congelado el sujeto ligado a ella y no se produce ninguna elaboración de la energía pulsional relacionada a lo traumático, un trauma en estado puro.

Es decir que la venganza impide el trabajo del duelo. No reprime, no olvida, no perdona, mantiene abierta la herida, la lastima para recordar que está allí y debe ser apaciguada, pero su alivio no es la resignación, ni el altruismo de perdonar a quien hizo la ofensa, sino que la cura es del orden de la satisfacción de destruir al asesino o de quien infringió el daño. Resuenan las palabras de Freud citadas anteriormente: " Al comienzo fue la acción".

La elaboración psíquica no se emplea en el retorno libidinal a la vida, sino en la planificación de la venganza. En cierto modo, pide la repetición revertida de la acción del victimario.

De algún modo la venganza actualiza el modo inicial de la reparación, la ley del Talión. Los momentos iniciales y de algún modo mítico del orden legal humano. Pagar con un ojo el daño de un ojo y pagar con un diente el daño de un diente. Literalidad de la ley sin mediación del resarcimiento simbólico ni de la comunidad humana como garante de la justicia distributiva.

La relación con el tiempo en el vengador se transforma, no ve en su transcurrir la cura, sino el tiempo de la espera de su desagravio, lo que le impone la paciencia, no la precipitación. El que quiere vengarse tiene que planificar. Como en la novela de Ballard, los hijos planifican al detalle el momento del tiranicidio simultaneo.

Pero la venganza no se conforma con el duelo en silencio y las proclamaciones piadosas. Exige hechos. El enfrentamiento armado tiene que borrar, reparar, invertir la experiencia. Es un salto de la impotencia del sufrimiento al orgullo de la acción. Al igual que el agradecimiento la venganza forma parte de la memoria moral de la sociedad, la venganza obedece al mismo principio universal de reciprocidad que el intercambio y el don. En el intercambio existe la obligación de entregar un objeto de igual valor que lo que se recibe. En la *vendetta*, la culpa del asesino impone pagar por la vida de la que se ha privado a otro con la suya propia.

En la novela de Ballard los hijos no recurren a una instancia social al modo de un juez, un educador, etc , que los libere de la tiranía paterna. Ni siquiera plantean la posibilidad de hablar con sus padres, quizás tampoco con sus educadores por lo opresivo de sus métodos de crianza. La palabra de los hijos y la receptividad de los adultos aparecen como recursos que no se pueden utilizar. En la novela no queda claro si es porque los hijos no pueden utilizarla o porque los padres y otros adultos no dan lugar a la posibilidad de un dialogo. Esta dimisión de la palabra abre la posibilidad de la violencia como modo de intercambio.

El agradecimiento es la deuda adquirida respecto a la caridad de otro, que auxilió en el momento de la necesidad. La venganza es también una deuda, es el reverso del agradecimiento, es el contragolpe agresivo de la caridad. La caridad, querer el bien del otro esconde un fantasma sádico. La venganza lo devela. Pero, en general es la culminación de la reciprocidad social, se devuelve en el intercambio algo equivalente a lo recibido.

Es la lógica especular, imaginaria con efectos reales de un espejo sangriento. Sólo una mediación tercera, simbólica podría detener el ciclo, cortarlo.

Lo verdaderamente propio de los sujetos son las fantasías de la venganza que por supuesto no tienen límites ni se sacian con los veredictos legales. Nunca será suficiente la reparación, es una sed insaciable de violencia hacia el victimario.

Mientras que en la justicia el castigo borra el delito, hay un plus de goce en la venganza que no se queda en el “ojo por ojo”, sino que exige que el otro pague algo más, es también lo que desata la escalada hasta arrasarse mutuamente.

En Pangbourne Village, sin mediación simbólica posible ha quedado entonces desatada la violencia parricida como única posibilidad de distancia entre los padres y los hijos.

Retomando la conclusión del Dr. Grenville, “ En una sociedad totalmente cuerda, la única libertad es la locura”

Bibliografía.

Ballard, J G, Furia Feroz, Ed Minotauro, Bs As, 1988
Freud, S. (1993) Tótem y tabú. Amorrortu Editores.

Lacan, J. (1985) La agresividad en psicoanálisis, Escritos 1, Ed. Siglo XXI.

Lacan, J. (2006) Seminario 10, Paidós.

Laurent, E. (2006) De Tel Aviv a Roma, entre luces y sombras, en Blog-Note del síntoma. Tres Haches.

